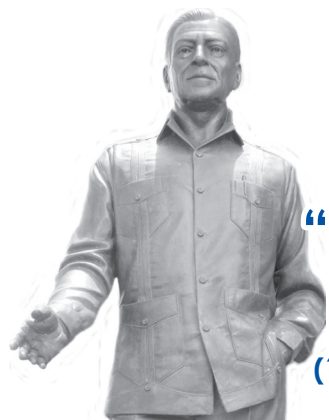




“La Acuática”

(14 de diciembre de 1958)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2600

DOMINGO 12 DE JULIO DE 2020

Escena del clímax de la película *El Bueno, El Malo y El Feo* (1966), de Sergio Leone.



ESCRIBEN: Julio Zamora, Salvador Velazco, Norma Navarrete,
Ramón Moreno, Gabriel Gallo y Carlos Caco Ceballos.



Minerva

La genialidad de Ennio

Julio César Zamora

Desde los límites de un redondel, de pie y sin moverse, tres hombres se observan entre sí. Cada uno circunda a la misma distancia del otro el espacio empedrado. En sus miradas trianguladas hay expectación, ímpetu, avidez. Ninguno parpadea. A su alrededor sobresalen cientos de tumbas y cruces, mientras un cuervo grazna a lo lejos. Al centro del ruedo hay una piedra con una inscripción grabada: desconocido. Los acordes de una guitarra entran a la escena, luego los sonidos suaves de un oboe; se alternan como un duelo de cuerdas con alientos in crescendo, hasta que una trompeta irrumpe el desafío y se impone con sus tonos más agudos, invadiendo todo el cementerio...

El cuervo grazna de nuevo. Los arpeggios de la guitarra retornan, ahora con percusiones. Los hombres no quitan sus ojos de uno y otro. Las pupilas se baten de lado a lado. Redoblan tambores con platillos. Ellos no dejan de observarse. No parpadean. La intensidad de la música de fondo va en aumento, hasta que la trompeta irrumpe de nuevo, penetra toda la escena, la tensión en las miradas, sus agudos ligan un preludio de la vida y la muerte. Ellos no parpadean. Aumentan las percusiones, sus pupilas se baten, la melodía suena en su tono más alto con el solo de la poderosa trompeta y un coro de fondo, percusiones, coro, percusiones, coro... los hombres desenfundan su pistola al mismo tiempo, pero sólo un disparo se escucha. El *Malo* cae, el *Bueno* lo remata con un segundo tiro, y el *Feo* observa atónito, sin balas en el tambor de su revólver.

Durante semanas, tal vez un par de meses, silbé hasta el cansancio “sobre todo de mi familia” la celeberrima tonada de *El Bueno, El Malo y El Feo*, tema principal de la película que es interpretado con una flauta dulce, la ocarina y el coro, que a su vez representan en el mismo orden a los personajes del intitolado filme que dirigiera Sergio Leone en 1966, con la magistral música de Ennio Morricone, compositor y director orquestal al que escuché por primera vez a los 10 años de edad, cuando prestaron a mi padre la cinta en formato Beta, en dos casetes.

El éxtasis del oro, pero en particular *El Triello*, son espléndidas composiciones de esta banda sonora que encumbran la obra de ambos italianos. La imagen y el sonido en una sincronía perfecta. En la primera, la combinación de la guitarra (o piano) y el oboe, con una soprano que hace una especie de canto a la tirolesa, mejor conocido como yodel, junto con el resto de coros y violines, los cornos y los trombones, ¡ah!, pero en la segunda, el solo de trompeta es una maravilla, un momento que corresponde al desenlace de *El Bueno El Malo y El Feo*, escena con que ilustramos la portada de esta edición de *Agora* y a la que hago referencia en los dos primeros párrafos de este escrito. Si un “duelo” es entre dos, en la película aparenta

ser un “triello”, un término que en italiano sí existe y que así nombró Morricone a la última pieza de la banda sonora para el final del filme, *Il Triello*, la composición y la escena más exquisitas de la cinta, donde la música resalta el clímax del enfrentamiento entre los tres, que en realidad fue un duelo, en el que se conjuga una especie de ética de la violencia, como un pacto de forajidos (*El Bueno*, Clint Eastwood; *El Malo*, Lee Van Cleef, y *El Feo*, Eli Wallach) para respetar el distanciamiento y no sacar ventaja mientras toman sus respectivas posiciones. La inscripción en la piedra, al centro del redondel, era el motivo de la disputa. La propuesta estética y musical de ese momento, con los tres personajes, el cementerio de fondo, logran una semántica fascinante, insuperable hasta ahora por cualquier otro western. Ni *Los imperdonables* del propio Clint Eastwood o *Django* de Quentin Tarantino; ambos, por cierto, admiradores de Morricone. Con el primero nunca aceptó trabajar con una banda sonora por supuesta “fidelidad” a Leone, quien los impulsó en sus carreras actuarial y musical, respectivamente. Mientras que con el segundo sí colaboró, incluidas un par de piezas en *Django*,

Bastardos sin gloria, *Kil Bill*, y por supuesto en *Los odiosos ocho*, con la que obtuvo el Oscar por mejor banda sonora en 2016.

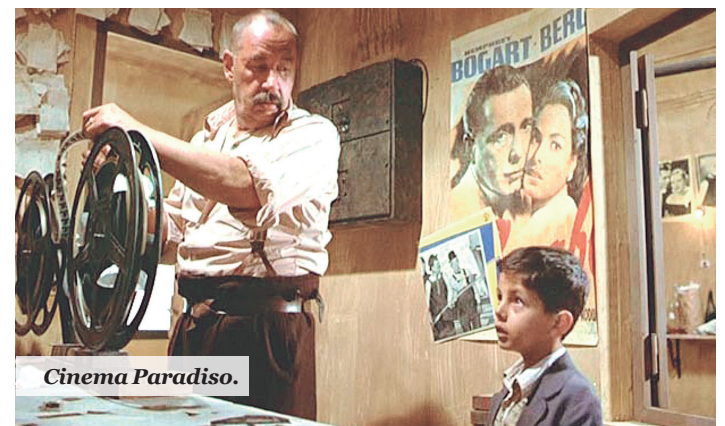
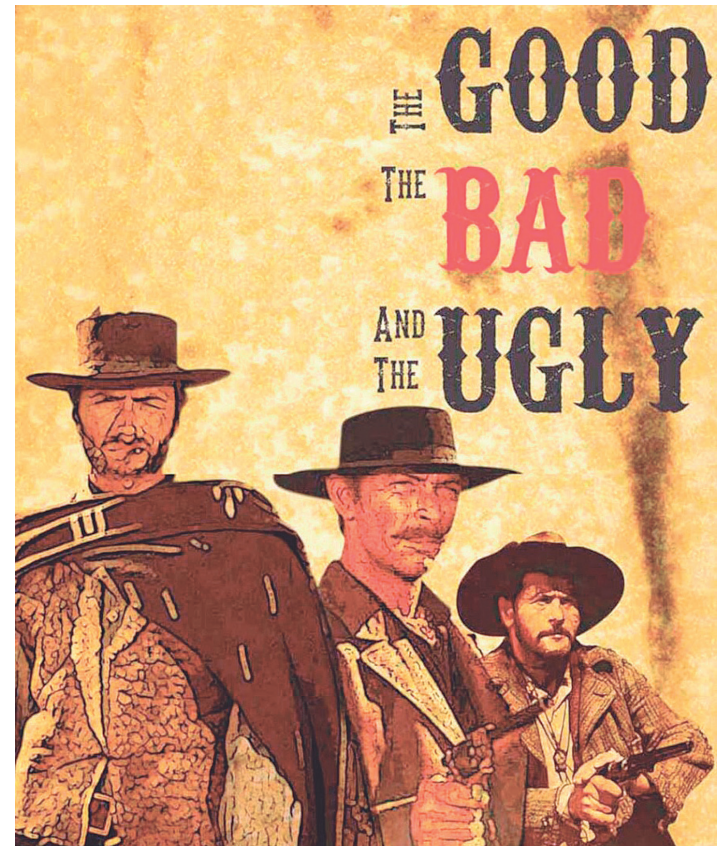
Pero escribir sobre Ennio Morricone es casi un absurdo cuando lo mejor es escucharlo; en todo caso, bienaventurados los que pueden leerlo en el pentagrama e interpretarlo; tocar, por ejemplo, ese maravilloso solo de trompeta de *El Triello*. Decía el compositor sobre la inspiración: “Es un concepto viejo y romántico para seducir mujeres (...) En la música el uno por ciento es la inspiración y el 99 por ciento restante la transpiración, la fatiga y el sudor”. Sobre el silencio: “si quieres entrar en el corazón de mi música, busca entre los vacíos, entre las pausas”.

Mención aparte merecen sus creaciones musicales para inolvidables películas como *Cinema Paradiso* y *Érase una vez en América* (de las que hablaré en próxima edición), mi terna favorita junto con *El Bueno, El Malo y El Feo*. Le siguen *La Misión*, *Todos estamos bien*, *Malena* y *Los Intocables*. Pero también compuso música de cámara, piezas sinfónicas, óperas y cientos de canciones para artistas de música ligera y pop.

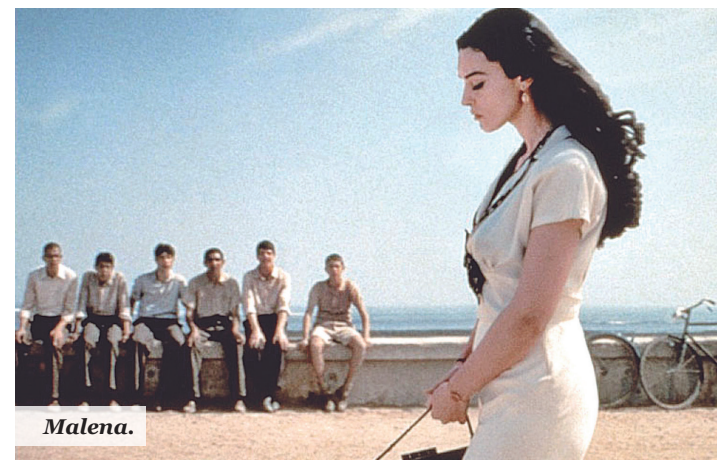
Sobre su obra y contribución para el séptimo arte, Ennio Morricone confesó en una entrevista su pesadumbre: “He sufrido mucho cuando he hecho cine, porque tenía que escribir una música que estuviera bien para mí y para el filme, el público, el director o el productor. Es un ejercicio de dificultad tremenda, mis obras tenían que mantener la dignidad”. No sólo lo logró, su genialidad trascendió sobre los mismos filmes. Descanse en paz.



Ennio Morricone (1928-2020)



Cinema Paradiso.



Malena.

El legado de Morricone

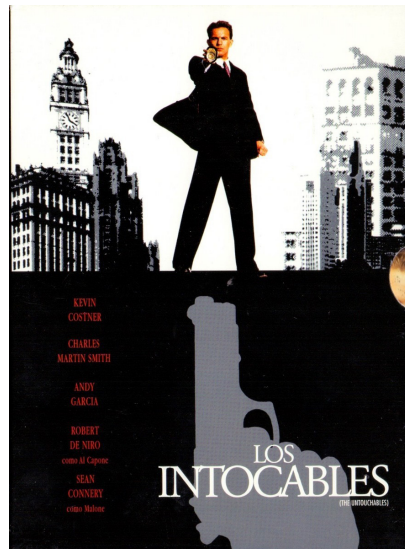
¿Quién no ha silbado alguna vez el estribillo de *El bueno, el malo y el feo*? El compositor y director de orquesta italiano, Ennio Morricone (1928-2020), fallecido a los 91 años el pasado 6 de julio en una clínica de Roma, compuso la banda sonora de centenares de películas de diversos géneros, pero las obras que lo hicieron célebre fueron sin duda las del *spaghetti western*.

Sobre sus premios, sin duda muchos, pero desde antes de haber recibido el Oscar a la mejor banda sonora por *Los odiosos ocho* (2016, Quentin Tarantino), y otro honorífico en 2006, ya merecía la estatuilla. Aquí unos ejemplos en orden cronológico de sus obras maestras:



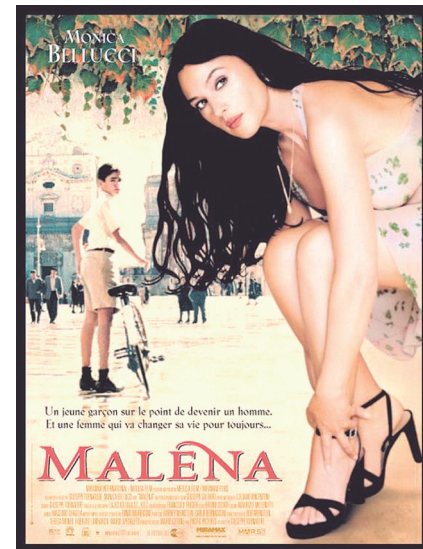
The Good, the Bad and the Ugly (*El bueno, el malo y el feo*, 1966)

Con apenas un par de notas de flauta y de arpeggios, introduce al espectador en el ambiente de este mítico western y hace que su banda sonora sea una de las más populares y reconocibles de la historia del cine.



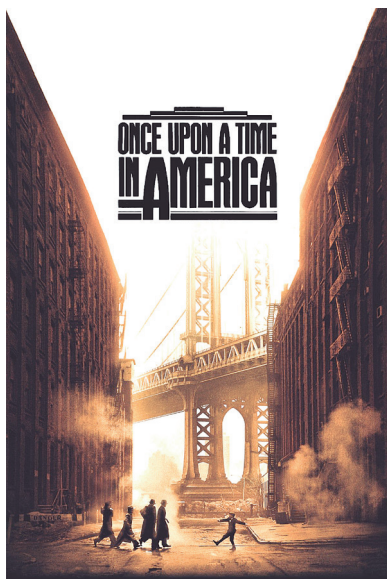
The Untouchables (*Los intocables*, 1987)

El dramatismo de la lucha contra la mafia por parte de agentes federales en el Chicago de la Ley Seca queda reflejado en una música más clásica de lo habitual en las composiciones del italiano y que sirve de perfecto acompañamiento a la heroicidad de Ness y sus colegas.



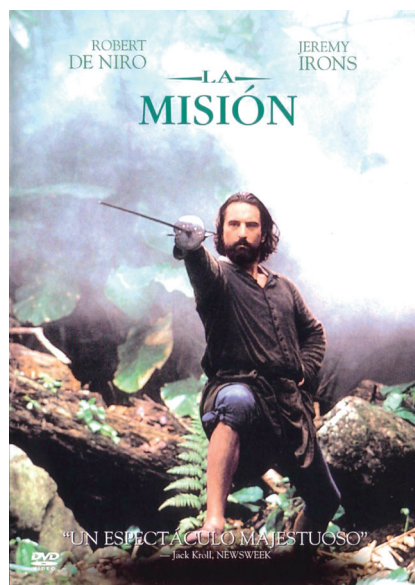
Malena (2000)

¿Cómo captar musicalmente el amor platónico? Sólo hay que escuchar la banda sonora de este filme de Giuseppe Tornatore para entenderlo. Tristeza, melancolía y esperanza a partes iguales se deslizan entre sus notas en una composición más sencilla y menos orquestal.



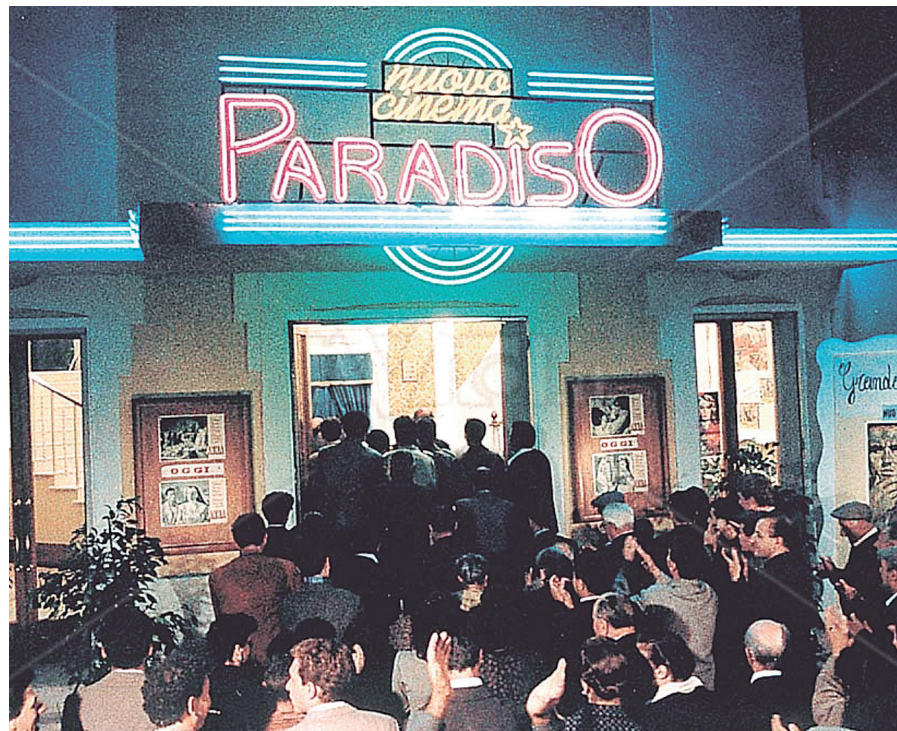
Once Upon a Time in America (*Érase una vez en América*, 1984)

Magistral ejercicio del compositor, que creó estilos diferentes para marcar las diferentes épocas en las que se desarrolla la historia. Y no dudó en utilizar piezas ajenas, como la conocida Amapola, para redondear una banda sonora que alcanzó cotas de belleza que se creyeron insuperables en aquel momento.



The Mission (*La misión*, 1986)

La consagración de Morricone con una compleja banda sonora que supo captar todos los matices de esta historia sobre religión, sacrificio y abuso de poder. Épica en muchos momentos y delicada en piezas como El oboe de Gabriel, una nueva demostración de la adaptación del maestro a las necesidades de cada historia.



Cinema Paradiso (1988)

Difícil de olvidar la imagen del joven Salvatore bajo la lluvia esperando a que Elena abra la ventana. O la del niño aprendiendo el arte de la cinematografía de manos de Alfredo. Sin la música de Morricone esas escenas no formarían parte del imaginario colectivo.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

“La Acuática”

Don Manuel Sánchez Silva

(14 de diciembre de 1958)

A mediados de 1919, el circo “Modelo” presentó la pantomima denominada “La Acuática”, que dejó hondos recuerdos en la chiquillería colimense de aquel tiempo.

Como era costumbre, el circo se instaló en el mesón del Gigante, que ocupaba el local donde ahora se encuentra el cine Juárez, y lo dirigía su propietario, el señor don Francisco Beas. Venía precedido de una profusa propaganda en la que justificadamente se le situaba como el mejor y más grande de los circos de América Latina y se subrayaba la mexicanidad exclusiva de la empresa.

Entre los principales artistas del conjunto figuraban los tres hermanos Esqueda —extraordinarios barristas de viejo linaje circense, que ejecutaban maravillosamente las suertes en su equipo de cinco barras— y un pintor japonés llamado Fugita, que en los diez minutos de su actuación provocaba la admiración y el aplauso de la concurrencia, pintando a la acuarela con rapidez y fidelidad las efigies de seis u ocho asistentes de primera fila, a quienes el oriental acababa por obsequiar sus retratos, después de mostrarlos al público entre gentiles caravanas y sonrisas, acentuadas por la mirada cordial de sus ojos oblicuos. También lucía sus actividades el capitán Parker, un gigantesco sueco de hercúleas espaldas y facciones impávidas que era un portentoso tirador. Provisto de un pequeño rifle de precisión, calibre 22 corto, el capitán Parker exhibía su infalible puntería cortando por la mitad tarjetas de visita colocadas de canto a 20 metros de distancia, apagando pequeños focos eléctricos, sujetos a una corona especial puesta sobre la cabeza de una sonriente muchacha, y luego rompía un delgado hilo de costura, disparándole de espaldas y viendo el objetivo mediante un espejo.

Desde luego que en el elenco también figuraban pulsadores, gimnastas, alambrietas, prestímanos y otras muchas atracciones más que se completaban con su excelente cuadro de divertidos payasos.

Sin embargo, el número cumbre lo constituía La Acuática, pantomima que había implicado fuertes gastos y que requería gran maquinaria.

Para montar el espectáculo, se empezaba por desalojar el área de la pista y el espacioso pasillo que daba acceso a los vestidores del fondo, colocándose en ese lugar una enorme tela ahulada, cuyos extremos se levantaban a la altura de un metro, quedando apuntados con tirantes de madera. Una vez acondicionado el receptáculo artificial, se le llenaba de agua y entonces daba principio de hecho la pantomima, que no era sino una producción tradicional del paseo de trajineras durante la fiesta de Santa Anita y Xochimilco. Aparecían numerosos esquifes de forma igual a los autóctonos, manejados por jóvenes ataviadas con trajes indios y cargadas de flores. En otras chalupas más grandes los ocupantes

ofrecían comidas y refrescos entre remada y remada, y después hacía su entrada un lanchón de regulares proporciones en el que viajaban los componentes de un alegre grupo matrimonial: la novia, el novio, los suegros y los amigos, todos más corridos que escasos por efecto de las frecuentes libaciones supuestamente hechas para celebrar el desposorio.

Ante aquellas estampas, vigorosas pinceladas mexicanísimas y de fuerte poder evocativo, el público aplaudía estrepitosamente, en tanto que los protagonistas de la escenificación simulaban seguir tomando bebidas alcohólicas hasta embriagarse y comenzar entonces las dificultades y pleitos, primero de palabras y después de obras, que terminaban en una aparente batalla a puñetazos y empujones cayendo todos al agua, produciéndose situaciones cómicas que hacían reír a la concurrencia hasta desquijarse.

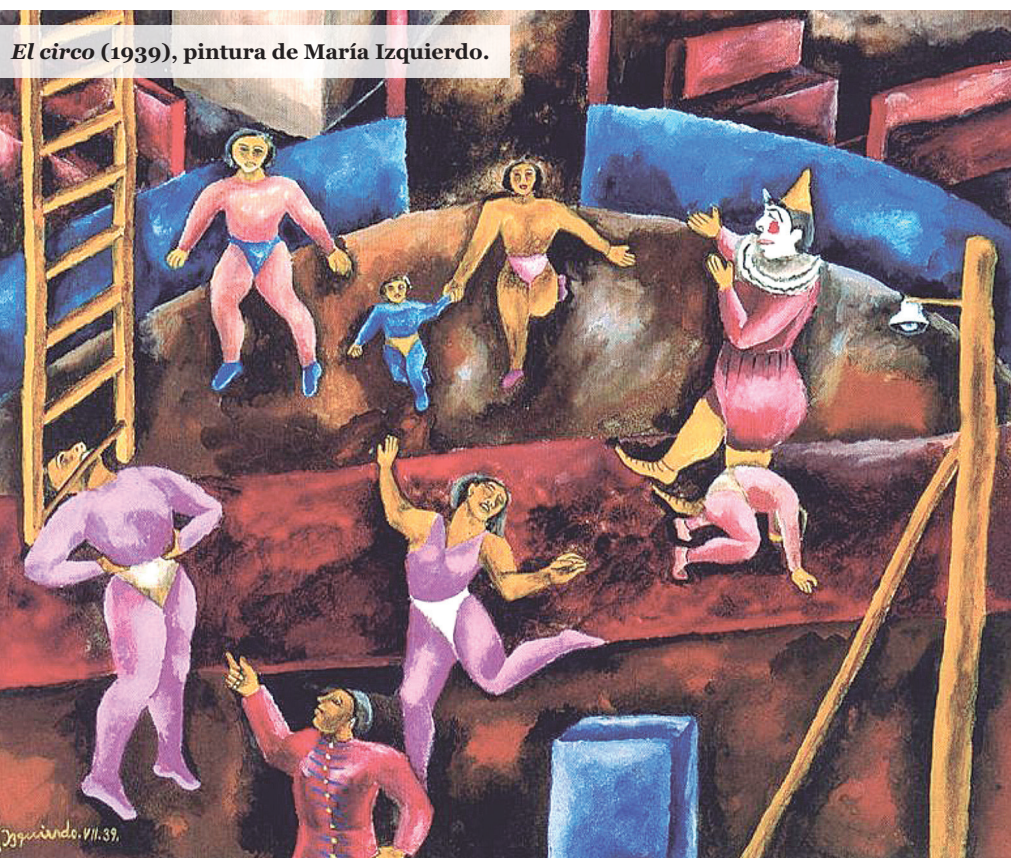
Por supuesto que el éxito de La Acuática dependía en un alto porcentaje de la sencillez de costumbres y la ingenuidad de la gente de aquella época, en que la vida era apacible y fácil, por lo que los espectadores llenaban por completo el circo en cuanta ocasión se anunciaba la gustada pantomima.

Pocos días antes del señalado para finalizar la temporada, la representación de La Acuática se hizo bajo un signo de mala suerte, pues el cirquero que tenía a su cargo el papel de “novio” perdió el equilibrio en el último acto de la obra, cuando esposos, parientes, padrinos y lancheros se liaban a golpes y, al caer del lanchón, se golpeó la cabeza en el filo de la borda, fracturándose el cráneo. El regocijo del

público se transformó en ansiedad y pena, sobre todo cuando una hora después se supo que el muchacho no había podido sobrevivir al golpe. Se le enterró al día siguiente y el cortejo fue impresionante. Cabizbajos y conmovidos marcharon tras el féretro los domadores de fieras, los payasos, los gimnastas, los equilibristas, el pintor Fugita, el capitán Parker, el “hombre de goma”, los acróbatas, el personal de pista y, en fin, todos los componentes del circo.

Pero el triste suceso no fue obstáculo para que esa noche se ofreciera la acostumbrada función y los artistas se empeñaron en disimular su rictus de pena bajo el bermellón y el blanco del maquillaje, confirmándose una vez más la inalterable tradición del circo, en donde los propios sufrimientos quedan supeditados a la obligación de divertir a los demás.

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.



El circo (1939), pintura de María Izquierdo.

A las nueve en punto

Las trenzas robadas

Salvador Velazco



Un grito se escapó de mi pecho, y una sombra me cubrió los ojos al desenrollarse entre mis manos aquellas trenzas que parecían sensibles a mis besos.

María, **Jorge Isaacs**

Debemos al escritor colombiano Jorge Isaacs (1837-1895) una de las novelas románticas más leídas en América Latina, *María*, publicada en 1867. Varias generaciones de lectores se han conmovido con la historia de María y Efraín, cuyo gran amor se vio truncado por la muerte de ella, víctima de una enfermedad incurable. La narración tiene como marco el idílico Valle del Cauca en los alrededores de Cali, Colombia. El autor, integrante de una rica familia judía dedicada a la minería y al comercio, retrató en la novela los diversos tipos humanos y el paisaje vallecaucano. Su familia era propietaria de la hacienda El Paraíso, la que se convertirá en el relato en “la casa de la sierra”. Efraín regresará a esta finca después de haber culminado sus estudios de bachillerato en Bogotá, para vivir un amor casto y puro con su prima María, interrumpido por su viaje a Londres a donde marcha para estudiar medicina.

Como se asume que es un texto de carácter autobiográfico, el personaje de Efraín, quien narra la historia en primera persona, estaría basado en la propia vida de Jorge Isaacs. Por lo menos, es la versión que se presenta a los turistas que visitan la hacienda El Paraíso situada a cincuenta y cuatro kilómetros de distancia de Cali. Hace exactamente un año, el 12 de julio de 2019 cuando el mundo era todavía pre-covidiano, tuve la oportunidad de conocer este lugar que es ahora un monumento nacional, dedicado a preservar la casa donde María y Efraín se enamoraron.

A los pies de la finca se puede apreciar la belleza esplendorosa del valle y a sus espaldas las verdes montañas desde donde baja un brazo de río. Estando ahí uno puede aquilatar la nostalgia, la precisión y la elegancia con las que Isaacs recreó la casa familiar; un verdadero vergel con sus plantas, flores, árboles y acequias de agua. La que es, quizá, la mejor adaptación de la novela al cine, *María*, de Tito Davison (1972), una coproducción México-Colombia, tiene el mérito de haber sido filmada precisamente en El Paraíso con la fortuna de haber sido fotografiada por Gabriel Figueroa, el cinefotógrafo más importante de México en el siglo XX. El papel de Efraín estuvo a cargo de Fernando Allende y Taryn Power interpretó a María. Taryn, fallecida este pasado 26 de junio a la edad de 66 años, era hija del legendario actor Tyrone Power y de la actriz mexicana Linda Christian.

Durante mi visita, una guía nos dio un recorrido por las diversas áreas de la vieja casona donde se desarrolla la acción de la novela: el salón, los cuartos, la biblioteca, el oratorio, el comedor, la cocina y los jardines. En el cuarto de Efraín, que estaba en el extremo del corredor del frente de la casa, todavía se ponen rosas para recordar que María, en un gesto de amor, lo hacía cada día para alegrar a su enamorado; en el estudio, a un lado de la recámara, se conserva el mapamundi que María escudriñaba tratando de imaginar la distancia que la separaba de Efraín, quien estaba en Londres.

En el otro extremo del pasillo quedaba la habitación de la heroína, pues era hija adoptiva de los padres de Efraín y vivía en la misma casa. De su cuarto, me llamó la atención un retrato de ella, especialmente la mirada triste de esa joven de rasgos finos, piel blanca y larga cabellera color castaño oscuro partida en dos trenzas. El



Hacienda El Paraíso, en Cali, Colombia. Foto de Salvador Velazco.

clavel blanco que adornaba su pelo me pareció el símbolo de una novia que murió esperando el regreso de su amor.

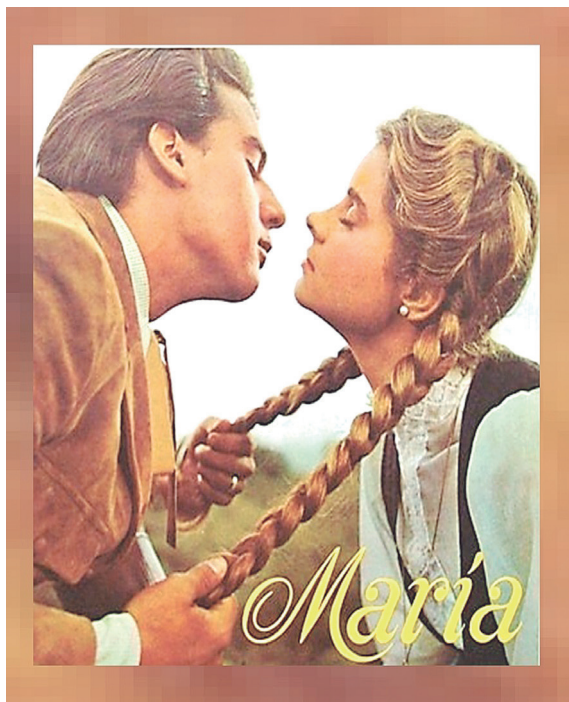
Los que hayan leído la novela recordarán la importancia que tiene la función del cabello como portador de una carga erótica muy significativa. María y Efraín intercambian sus cabellos como una prueba del deseo que siente el uno por el otro, y si Efraín se estremece con el roce de la abundante cabellera de María es porque esta se convierte en una metonimia del cuerpo virginal de la mujer amada. Al final, cuando María fallece, le deja sus trenzas al desconsolado Efraín como un reemplazo de su cuerpo y promesa de amor más allá de la misma muerte. Pues esas trenzas adoradas por Efraín fueron exhibidas en la hacienda El Paraíso por muchos años. Sin embargo, cuando yo estuve ahí solo pude ver un espacio vacío porque un turista se había robado las hermosas trenzas de María.

Al salir de la hacienda, me hice una y otra vez esta pregunta: ¿Quién se robaría las trenzas?... A veinte años aproximadamente del insólito robo, la pesquisa emprendida por las autoridades competentes no ha ofrecido ningún resultado satisfactorio. En realidad, a estas alturas, solo podríamos hacer algunas conjeturas. Es muy probable que el móvil del hurto se haya debido a un interés primariamente monetario, lo cual me parece francamente deleznable. Prefiero pensar que el bandido fue un lector de la novela profundamente enamorado de María; empero, tal vez este apasionamiento no sería suficiente para tener la osadía de llevar a cabo la ilícita sustracción. Además, ese lector tendría que estar aquejado por la tricofilia o el fetiche del cabello. Es decir, alguien que pudiera sentir placer sexual acariciando la magnífica cabellera de María. De alguna manera, me reconforta imaginar que el tricófilo ladrón, cual un Efraín redivivo, sigue besando esas trenzas sublimes para recordar a su amada muerta.



Retrato de María. Foto de Salvador Velazco.

Si Efraín se estremece con el roce de la abundante cabellera de María es porque esta se convierte en una metonimia del cuerpo virginal de la mujer amada.



María, película de Tito Davison (1972), con la actuación de Fernando Allende y Taryn Power como protagonistas.

Amanecer de junio

Norma Navarrete

Todos los sonidos
se instalan como niños
con los pies estirados
en una función de teatro;
al llegar la noche.

Es lamentable que solo podamos
llevarnos las manos al rostro,
después de una larga cuarentena.

Cruzo mis manos, las palabras se mecen:
Ruptura, Soledad, Casa.
Las pequeñas luces del internet,
son testigos de mi falta de sueño.

Los sonidos buscan cobijo,
bajo un árbol o una calle,
al llegar la noche.

¡Cuánto tiempo transcurrirá!
Para que no se deslumbren mis ojos,
con el encierro de estos días
en busca de una sonrisa infantil.

¡Cuántos meses de cosas sin guardar!
A la vista de todos
la muerte vive activa,
en busca de un sonido,
que pudiera sernos familiar.

Se escucha en el viento nocturno
la pista de algunos.
El desvelo hace que tan indeseable
amiga les pierda la pista.

Y se derramen en la luna,
anunciando que pronto
subirá de nuevo el sol
a deslumbrarnos la cara.
como un niño que juega
a darnos luz todos los días.

Llevándose los sonidos de la noche
en cada una de las estelas de polvo
que va limpiando la mañana
con su mano generosa.
Como una madre que cura
las heridas de un niño que se raspa.

Son la una y diez de la mañana.
No cabe duda que la molestia
en la garganta, es solo un emblema
de que aún existimos,
en medio de tanta historia.

Si pudiera regresar a la mía.
Quizá me detendría de seguir viajando
en busca de los sonidos nocturnos.
con las palabras en la maleta,
a punto de asomarse de sus nidos,
como palomas ligeras, criando algo.

Mis palabras darán a luz:
la decisión de seguir mirando
en la misma dirección,
al caminar por un bosque
donde aguarda una estatua rota.

Esperando un juego
frente a la idea de la depresión.
Hurgando en las hojas del próximo otoño
la forma de un diamante.

Donde se refleja el cansancio
que sentimos, al escribir a oscuras,
únicamente por no dejar
pasar la oportunidad.

Descubriendo donde anidan las sombras
de los sonidos del corazón.
que laten a un paso y de repente
se detienen y duele saber
que eso no remediará nada.

Una estrella me sonríe
regalándome el sueño,
para descansar en la cama de rosa,
donde todo es blanco.
Incluido el mar y su corona de cielo.
Junto a un sobre donde cantan las aves
cada vez que las escribo.

Les hago creer:
esta será la última vez
que hable en voz alta,
callada en medio de la oscuridad,
moviendo mis dedos
como soldados vigilantes de todo
lo que podemos decir.

Para no callar,
en este tiempo de silencio
meditamos cerrando los ojos
esperando todo.
Sin saber cómo alcanzar
en el cambio de los billetes de años
algo de tranquilidad.

Eclipsando mis labios para que no
hablen
en ningún estilo conocido
porque hay censura.
La puerta de la casa donde vivo
seguirá cerrada para proteger mi sueño
que no ha llegado.
Amanecer doce de junio.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XVI

La desaparición de Moctezuma

Ramón Moreno Rodríguez*



Decíamos en la entrega anterior que el fin de la vida de Moctezuma fue oscuro. Y eso es así, a nuestro parecer, por dos causas. La primera, porque no sabemos, y nunca lo podremos saber bien a bien, qué era lo que en realidad quería, y menos aún si quería algo o simplemente dejaba que le llevara el ventallero de los acontecimientos; sólo nos queda especular. La segunda, porque, sabiendo tantos detalles de su vida y de su persona, en los momentos culminantes de su drama desaparece abruptamente del escenario. Hoy hablaremos de este segundo aspecto.

Como decíamos en la ocasión anterior, la situación se había tensado demasiado y los acontecimientos, por como iban tomando determinada deriva, urgía a los actores de aquellos sainetes políticos y palaciegos que actuasen ya, en una u otra dirección. No obstante, las cosas no se precipitaron en ese mismo mes de marzo, sino que tuvieron que posponerse por casi tres. Sucedieron dos hechos que, si no modificaron las resultas, por lo menos las ralentizaron. Uno, ocurrió en abril; el otro, en mayo, de ese año de 1520 de que vamos hablando.

El primero consistió en la aparición de un nuevo protagonista de los hechos, casi circunstancial, por no decir, real personaje de utilería: Pánfilo de Narváez, que con mil españoles intentó desposeer a Cortés, tomarlo preso y quedarse él con la conducción de los expedicionarios. El segundo, fue la cruel matanza que Alvarado hizo en el templo mayor de México. Veamos los hechos.

Precipitadamente deja Cortés la imperial ciudad que no había querido hacer, pretextando remolonamente que se estaban construyendo sus naves, pero ahora lo hace porque la necesidad lo obliga: viaja a Zempoala para enfrentarse a Narváez. Moctezuma y los señores electores del imperio miran con expectación e interés en qué acabará aquel enfrentamiento. Para este momento, es muy probable que Moctezuma ya no fuera el emperador, sino que el senado lo había ya destituido, y si no fue así, pronto lo sería; los españoles lo ignoran, pero lo mantienen preso con la ilusión de que aquel rehén será la garantía de sus vidas. Prodigiosamente y con todos los vaticinios en su contra, Cortés se impone a Narváez y ya está listo para regresar a México cuando le llega la noticia de que el anunciado motín de marzo estalló por fin en mayo. El objetivo es el mismo, echar a los extranjeros de la ciudad. Las razones son otras, no buscan conseguir la libertad de su señor, sino cobrar la más terrible afrenta que se le ha hecho a los mexicanos: la matanza de Alvarado.

Retorna precipitadamente Cortés a la Ciudad de México. Le permiten entrar y el metilense puede ver los estragos de la guerra que quería evitar. Tanto las resultas de la matanza perpetrada por Alvarado como la rebeldía de los indios en contra de los españoles que permanecían en México muestra una ciudad solitaria, encastillada en sí misma, a la espera del siguiente episodio de aquel drama inevitable.

En efecto, éste se da. Moctezuma es llevado por la fuerza a la azotea de sus palacios para que trate de acallar la voz del pueblo en armas. De nada sirve aquella perorata que el imperial preso acepta hacer. Ya no es el emperador, él y los suyos lo saben; si los españoles lo ignoran, se lo sospechan. El vocerío insulta al exmonarca, le grita afrentosas voces llamándole de ánimo mujeril, de barragana de los extranjeros.

La tradición habla de una atrevida piedra que le impacta en el rostro. Él y sus acompañantes extranjeros, que previeron flechas, dardos y piedras, huyen a los aposentos con las inútiles rodela que pretendieron resguardar la vida del tlatoani en desgracia. Piense el lector que una pedrada de esas era mortal, pues no es un canto que se recogía y lanzaba con la mano, como pueril baladronada. Eran piedras del tamaño de un puño, perfectamente pulidas hasta dejarlas redondas y lanzadas con hondas, en decir, que alcanzaban velocidades de 50 y hasta 100 kilómetros por hora.

Los acontecimientos se precipitan y Moctezuma debe de salir del escenario porque muchas otras cosas están sucediendo y otras más están por suceder y en ninguna de aquellas terribles escenas hay parlamento ninguno para esta sombra de un monarca defenestrado.

¿Cómo es que murió? Existen dos principales versiones. La de los españoles, que casi lo convierten en un mártir del recién trasplantado cristianismo en tierras americanas, asesinado por los suyos, ingratos indios ignorantes y paganos. Y otra, contada por los vencidos, que habla de una última injuria en contra de Moctezuma cometida por sus captores. Lo asesinan, cuando ven que ya no les es útil, y en la precipitada huida de la Noche Triste, arrojan su cadáver a un albañal.

Cristóbal del Castillo, historiador del siglo XVI que escribió en náhuatl, cuenta con un estilo entrecortado y machacón, propio de los anales indígenas prehispánicos, la repentina desaparición de Moctezuma y el lanzamiento de su cadáver a las riberas del lago: “Pero cuando vino de la orilla del océano el gran capitán Hernando Cortés, ya estaban atacando los mexicas a los españoles a causa de que los mataron a mansalva cuando les ordenaron falsamente que hicieran su fiesta, como hemos dicho brevemente. Y cuando entró el gran capitán Hernando Cortés, ya dijimos que no le hicieron batalla los mexicas y él entró tranquilamente. No le dijo, no le contó verdaderamente el capitán Tonatiuh cómo se alborotaron los mexicas, y tampoco le dijo cómo ya padecían mucho los españoles, pues no les daban nada de lo que necesitaban, y sólo los tenían sitiados los mexicas, que ya no querían contenerse, y en vano los intentaba contener Motecuzoma. Y tampoco le dijo cómo murió y sólo se fueron a deshacer de él en la ribera de Teayotitlan”.

La condición trágica, por fuerza forzada, como diría con este sabroso anacoluto el padre Las Casas, necesariamente implica también la presencia del héroe. Estos dos elementos son un binomio inseparable que, si no queremos hacer un uso irresponsable y abusivo de las palabras, no deberíamos caer en el facilismo de decir, como cierto político español lo ha hecho, que también es héroe quien se cubre la boca o se lava las manos para protegerse y proteger a su familia contra el coronavirus.

En fin, quiero concluir diciendo que si hay cierta condición trágica en la vida y muerte de Moctezuma esto implica pensarlo como un héroe. De eso, del heroísmo, hablaremos y concluiremos este mínimo repaso de tres entregas sobre Moctezuma.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com



¿Cómo es que murió?
Existen dos principales versiones. La de los españoles, que casi lo convierten en un mártir del recién trasplantado cristianismo en tierras americanas, asesinado por los suyos, ingratos indios ignorantes y paganos. Y otra, contada por los vencidos, que habla de una última injuria en contra de Moctezuma cometida por sus captores. Lo asesinan, cuando ven que ya no les es útil, y en la precipitada huida de la Noche Triste, arrojan su cadáver a un albañal.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Conceptos, sugerencias y preguntas

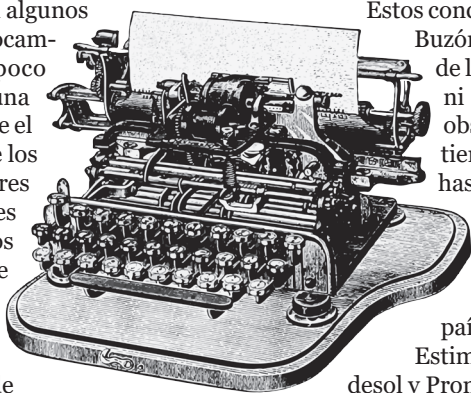
Carlos Caco Ceballos Silva

INVIerno 1993. Me comentan algunos agricultores que el famoso Procampo es una medida política, poco práctica y la consideran como una dádiva, es decir, una limosna para que el aceptante siga viviendo, y siendo que los agricultores son luchadores y hombres de trabajo, lo único que necesitan es que los dejen trabajar, que los bancos los atiendan preferencialmente y que el gobierno no les ponga competencias desleales, permitiendo la importación de materias básicas. Y piensan que de lograrse el cierre de las importaciones se salvaría la agricultura del país, disminuirían los desempleados, habría más arraigo a la tierra y menos éxodo a las ciudades y a buscar el empleo al extranjero; ahora yo me preguntó: ¿Si es verdad lo anterior, por qué razón los políticos encumbrados persisten en su labor antipatriótica de seguir importando arroz, aceite de coco, frijol, leche en polvo, etcétera, etc., ya que esto ha sido lo básico para el desastre agrícola y ganadero de nuestro querido México?

Como complemento de lo anterior sugeriría que nuestro primer Mandatario se rodeara de gentes maduras y que conozcan los cultivos regionales, formando un consejo consultivo en que entrarían un cococultor de Colima, un arrocero de Sinaloa, un cacaotero de Tabasco, un cafetalero de Veracruz, un maicero de Jalisco, un algodonerero de Coahuila, etcétera, etc., en lugar de los jovenazos que por ser graduados en Oxford, Cambridge o Harvard, los que con sus experiencias han puesto de rodillas al pueblo mexicano.

Sin ser abogado, ni tener nociones de leyes, pienso que por qué no se agrega al Código Penal un inciso sobre la aceptación de culpabilidad, es decir, si un detenido es culpable de algún delito y él lo acepta, entonces la pena disminuye sensiblemente y obtiene beneficio el reo, hay menos papeleo y los derechos humanos tendrían menos consecuencias y problemas, pues el supuesto culpable ya no estaría expuesto a ninguna contingencia, y así, todas las partes involucradas obtendrían resultados positivos.

Sin ser experto en economía, pienso que si las mayorías tienen capacidad de compra, la economía en general se regeneraría y entonces los beneficios serían generales y totales, y esto podría lograrse con que el gobierno ajustara los sueldos de las minorías a un máximo de cincuenta salarios mínimos, incluyendo el del señor Presidente, quien nos pondría el ejemplo. Y así en esta sencilla drástica, necesaria e imprescindible medida, los ahorros generados en esta forma serían para aumentar los raquícos emolumentos de las mayorías, y que éstos al recibir esos aumentos servirían lógicamente para aumentar su poder de compra, y con esto sanearía la economía de todos sus aspectos; habría nuevos empleos y disminuirían los tristes y mortificantes casos de los desempleados y por ende decrecerían los delitos, los que desgraciadamente acosan a los pudientes, principalmente.



Estos conceptos los he estado comentando en el Buzón de *Excelsior* desde 1984, pero nadie de los interesados: Iglesia, ni el gobierno, ni los capitalistas toman en cuenta mis observaciones. La brecha entre los que tienen todo de sobra y los que carecen hasta de lo imprescindible, cada día se hace más ancha y profunda, y de no volver nuestros ojos y nuestros actos al cristianismo, gravísimas consecuencias acosarían a nuestro querido país en perjuicio a todos por igual.

Estimo que igual que Procampo, está Sedesol y Pronasol. Estos fueron creados exclusivamente por expertos de mercadotecnia del gobierno de la capital para darle una imagen mesiánica al Gobierno Federal, y así es como se ve a lo largo y ancho del país a los enviados de estos organismos, otorgando caridades, ayudas y apoyos a favor de los poblados y barrios de las ciudades, siendo que los dineros que reparten no son de la Federación, sino de los contribuyentes de cada lugar, por lo que según mi saber y leal entender deben ser entregados y distribuidos por los propios Ayuntamientos de cada lugar.

Así sería lo justo y lo correcto, y las gentes les darían las gracias a sus propias autoridades que son las que han recabado el dinero de sus contribuyentes en sus propias localidades.

Y para terminar, comentaré que hasta en las pequeñas cosas los asesores presidenciales graduados en el extranjero “meten la cuchara”, haciendo tonterías y experimentos; me refiero a las moneditas de 5, 10 y 20 centavos y a las de uno y dos pesos, que las han hecho tan chiquitas y lisitas que resultan imprácticas y molestas. El pueblo mexicano tan afecto a ridiculizar las cosas malhechas las ha bautizado como “monjitas”, dizque porque no se dejan “agarrar”. Los altos y encumbrados funcionarios que desde luego no van de compras con su canasta al mercado y ni siquiera las cargan en sus bolsillos, dan sus órdenes sin pensar que las mayorías, es decir, la gente del pueblo, será la que sufra las molestias; y ahora yo me pregunto: ¿Cuál será la razón de no dejar las “viejas” en circulación y las que harán para irlas reponiendo, hacerlas idénticas a las anteriores, solamente con las nuevas denominaciones, como se está haciendo con los billetes?

Personas precavidas, temerosas o prudentes, me han aconsejado que me abstenga de hacer preguntas ingenuas, a dar consejos cuando aborde temas donde se toque a los funcionarios laureados en las universidades extranjeras, pues me expongo a que el señor Aspe me mande a los auditores federales, pero yo no lo creo, pues últimamente todos los grandes y altos funcionarios se dan “golpes de pecho” cuando hablan de la democracia; además mis sencillos artículos, cuando se trata de cosas del gobierno, nunca aseguro nada, sino soy como los viejitos y los niños, solamente preguntón, pues por curioso no quiero quedarme con la duda.

* Empresario, historiador y narrador. †

El fumigador

Gabriel Gallo H

Morir fue algo diferente a todo lo esperado. Nada de luces, ni túnel, ni gente esperándome con los brazos abiertos y con sonrisas. ¡Nada! Te estás retorciendo del dolor y, en un parpadeo, apareces frente a algo que parece un hueco grandote entre las nubes blancas.

Lo único que piensas es:

—¡Chin!, ya me morí, espero que esto sea el cielo.

Sin caminar te desplazas entre las nubes como si volaras, vas y vienes suavemente. También sientes que la luz es calentita y en las sombras sientes algo de frillito. No hay música de arpas ni angelitos cantando ni nada de eso, pero te sientes tranquilo, como alegre y contento porque ya la hiciste.

Sin aviso, aparece frente a mí una sombra que comienza a concretarse y tomar una forma definida. De inmediato la identifico: ¡Ah caramba! Una cucaracha y es una *Periplaneta Americana*, ipero de mi tamaño!

Sin palabras —pues las cucarachas no hablan—, la cucarachota, mentalmente me pregunta:

—¿A dónde, jovenazo?

—Pues, no sé. Me morí y estoy aquí. ¿Aquí es el cielo?

—Sip. Según tus ideas, yo vendría a ser algo así como un ángel. Y, para que te alivianes, el ángel que deja entrar a estos lugares. ¿Cómo ves?

—No, pues si estoy en el cielo, es que ya la hice. ¿No crees?

—Pues no lo sabemos aún. Según como te hayas portado.

—Yo creo que bien. Bueno... más o menos. Pero mal, mal, te aseguro que no. La verdad nunca fui malo. Pero ¿por qué, si esto es el cielo, estás tú de guardia y no un hombre?

—¡Újule! Pues... porque allá, abajo, me porté bien y todos los buenos tenemos derecho a la gloria. ¿O no? Y otra, porque aquí somos muy democráticos y los insectos somos montones y montones, muchos más que los mamíferos. Así que: fácil, siempre ganamos. Pero, no hay cuete, nos la llevamos bien entre todos nosotros: los mamíferos, las aves, los insectos, los moluscos, en fin, aquí todos cabemos. Sólo hay una especie con la que debemos tener cuidado, y no la queremos tener por aquí, pues ha degenerado en predatoria, destructora y la verdad es mala con el resto de la vida. Se la pasa destruyendo por puro gusto. Son mamíferos, bípedos y malas vibras. Entre ellos hay una subespecie que se ha especializado en destruir a las demás, se dedica a exterminarlas. A esos sí que los traemos de ojeriza. Pero, veamos: ¿A qué te dedicabas antes? ¿Cuál era tu ocupación por allá abajo?

—¡Gulp! —me atraganto con la saliva—, me acabo de dar cuenta que trae agarrada una espatodota de fuego y me está mirando fijamente, muy fijamente.

Fin